

John Allen Paulos

ELOGIO DE LA IRRELIGIÓN

Un matemático explica por qué los argumentos
a favor de la existencia de Dios, sencillamente,
no se sostienen



¿Existen razones lógicas para creer en la existencia de Dios? A lo largo de los siglos, la humanidad ha tratado de formular argumentos supuestamente basados en la razón para fundamentar la fe en un ser a primera vista todopoderoso, máximamente bondadoso y omnisciente. El matemático John Allen Paulos, que en anteriores ensayos ya nos había guiado por el insondable mundo del analfabetismo numérico, se propone desenmascarar ahora los argumentos de los teístas, desde los clásicos «de toda la vida», basados en definiciones y primeras causas, hasta los que presentan un aspecto más moderno, centrados en la borrosa noción del «diseño inteligente». Pero ¿por qué las reflexiones de este tipo tienen que ser siempre tan solemnes y grandilocuentes? Allen Paulos no sólo tritura las trampas y errores de razonamiento que se ocultan tras estas «pruebas» de la existencia de Dios, sino que lo hace con una ironía y un humor auténticamente contagiosos que, sin embargo, no nos llevan a olvidar aquella sentencia de Voltaire que afirmaba que quien nos hace creer en cosas absurdas pronto nos hará cometer atrocidades.

Índice de contenido

Prefacio

Cuatro argumentos clásicos

El argumento de la causa primera (y los intermediarios necesarios)

El argumento del diseño (y algunos cálculos creacionistas)

Una pseudociencia personalizada

El argumento del principio antrópico (y un juicio final probabilístico)

El argumento ontológico (y un abracadabra lógico)

Autorreferencia, recursión y creación

Cuatro argumentos subjetivos

El argumento de la coincidencia (y 9/11 curiosidades)

El argumento de la profecía (y los criptogramas bíblicos)

Una anécdota sobre la necesidad emocional

El argumento de la subjetividad (y la fe, el vacío y el yo)

El argumento de las intervenciones (y los milagros, las oraciones y los testigos)

Observaciones sobre Jesús y otras figuras

Cuatro argumentos psicomatemáticos

El argumento de la redefinición (y la complejidad irreducible)

El argumento de la tendencia cognitiva (y algunos programas simples)

Mi intercambio onírico de mensajes con Dios

El argumento de la universalidad (y la relevancia de la moralidad y las matemáticas)

El argumento de la apuesta (y las emociones, desde la prudencia hasta el miedo)

Ateos, agnósticos y «brillantes»

Sobre el autor

Para Sheila, Leah y Daniel, en quienes sí creo.

Prefacio

¿Hay alguna razón lógica para creer en Dios? Miles de millones de personas durante miles de años han considerado esta cuestión y, desde luego, el tema no ha dejado de tener relevancia en el mundo de hoy. Los abismos que separan a creyentes literales, creyentes moderados y no creyentes son profundos. Muchos parecen dejarse impresionar por el argumento de que Dios existe tan sólo porque así lo afirma un tomo muy ensalzado supuestamente inspirado por Él. Muchos otros se adhieren con un grado de convicción variable a justificaciones más sofisticadas de la existencia de Dios, mientras que ateos y agnósticos no se sienten persuadidos por ninguno de tales argumentos.

Las cuestiones de la existencia y la fe, si no los argumentos formales mismos, siempre me han intrigado. Recuerdo que de niño les seguía la corriente a mis padres cuando me hablaban de Santa Claus. No quería delatar mi conocimiento de su inexistencia, así que me hacía el crédulo. Mi hermano, tres años menor que yo, era sólo un bebé, así que no era a él a quien yo no quería desilusionar. Mis cálculos cualitativos me habían convencido de que había demasiados niños expectantes en todo el mundo para que el señor Claus pudiera completar su ronda de Nochebuena a tiempo, aunque no hiciera una pausa ni para tomarse un chocolate caliente. Esto puede sonar jactancioso para el autor de un libro titulado *El hombre anumérico*, pero recuerdo haber hecho cálculos aproximados de «orden de

magnitud» que me indicaban que la tarea de Santa Claus era inacabable.

Como he escrito en otra parte, si existe una predisposición innata al materialismo (en el sentido de que «la materia y el movimiento son la base de todo», no en el sentido de «quiero más coches y casas»), entonces sospecho que he nacido con ella. A riesgo de resultar un tanto empalagoso, recuerdo otro indicador temprano de mi psicología adulta. Hacia los diez años de edad, durante una de mis peleas con mi hermano, tuve la revelación de que el material de nuestras dos cabezas no era esencialmente distinto del de la rasposa alfombra en la que yo acababa de dejar parte de la piel de mi codo o el de la silla en la que él acababa de estampar su hombro. La constatación de que en última instancia todo estaba hecho de la misma materia, de que no había una diferencia esencial entre las composiciones materiales de mi yo y del no yo, fue neta, clara y tonificante.

Mi materialismo infantil pronto evolucionó hacia un escepticismo adolescente, desdeñoso de los «cuentos de así fue» sin evidencia alguna. A mis ojos, la ausencia de respuesta a la pregunta «¿Qué causó, precedió o creó a Dios?» convertía la existencia de éste en un misterio antecedente innecesario. ¿Por qué introducir una divinidad? ¿Por qué postular una perplejidad añadida, sin contenido explicativo alguno, para explicar nuestro ya más que desconcertante y bello mundo? O, si uno estaba comprometido con dicho misterio innecesario, ¿por qué no introducir aún más antecedentes, como el Creador del Creador, o su Tío Abuelo?

Esta disposición mental vagamente cuantitativa y lógica sin duda me predispuso a escoger la carrera que he seguido (soy un matemático reconvertido en escritor) y a ver el mundo tal como lo veo. Es lo que me ha animado a escribir los libros y artículos que he escrito, en algunos de los cuales he tocado lo que llamo irreligión: temas, argumentos y

cuestiones que se derivan de una incredulidad no sólo hacia la religión, sino hacia la credulidad de los otros. Como sugieren las anécdotas anteriores, los diversos argumentos en defensa de la existencia de Dios siempre me han parecido defectuosos. Todos estos argumentos adolecen de una falta de lógica inherente que nunca he examinado a fondo. En este libro me he animado a hacerlo.

El enfoque que he adoptado es informal y ágil (al menos espero que lo sea), no ceremonioso ni farragoso (al menos espero que no lo sea). Entre argumento y argumento se intercalarán numerosas digresiones sobre una variedad de temas irreligiosos que van desde la naturaleza de los milagros hasta la probabilidad de las ilusiones cognitivas postuladas por los creacionistas o las apuestas prudentiales. En la mayoría de capítulos partiré de una presentación esquemática de un argumento y, tras examinarlo brevemente, expondré lo que he pretendido que sea un desmantelamiento sucinto. Los argumentos considerados van desde lo que podríamos llamar las viejas glorias del pensamiento religioso hasta los que tienen un aire más contemporáneo. La lista incluye el argumento de la causa primera, el argumento del designio, el argumento ontológico, los argumentos de la fe y los criptogramas bíblicos, el argumento del principio antrópico, el argumento de la universalidad moral y otros. Estos argumentos se solapan en mayor o menor medida, pero los he clasificado en un orden que puede parecer natural.

Los lectores cuyas habilidades matemáticas estén oxidadas, o incluso perdidas del todo, no deben preocuparse. Aunque soy matemático, no he incluido una sola fórmula en el libro. Esto no significa que las matemáticas tengan poco que ver con lo que sigue. Para empezar, por todo el libro invoco elementos de lógica y probabilidad, siempre esforzándome en exponerlos sin necesidad de fórmulas, ecuaciones, cálculos complicados o jerga técnica. En segundo lugar, y lo que es más significativo, la matemática, o

al menos mi sensibilidad matemática, se manifiesta en el enfoque analítico, en la elección de ejemplos y en la aversión por lo superfluo. (Los matemáticos son un poco como el lacónico habitante de Vermont, a quien una vez le preguntaron si había vivido toda su vida en su lugar de residencia, y respondió: «Aún no»).

La discusión a fondo de las justificaciones de la existencia de Dios y su refutación, junto con los montones y montones de comentarios y metacomentarios que continúan generando, me trae a la mente el apuro de Tristram Shandy, el personaje de ficción que tardó dos años en escribir la historia de los dos primeros días de su vida. En un intento de eludir el destino de Shandy y no perder de vista el bosque entre los árboles, en este libro (que tiene más de manual o compendio que de tratado) he procurado sintetizar con un toque ligeramente herético sólo las refutaciones más incisivas de la existencia de Dios. Esto es, sólo la esencia, con algo de irreverencia. Estas refutaciones (algunas nuevas y propias, y otras que se remontan a siglos o incluso milenios atrás) ya no son tan ampliamente conocidas como lo han sido en algún momento, por lo que creo que vale la pena reunir las todas en una misma obra (de ahí que haya adaptado algunas secciones de otros escritos anteriores sobre el tema).

Este empeño es especialmente importante en el momento presente, dado el desenfreno religioso de mi país y las políticas y debacles a los que ya ha llevado y puede llevar. Un representante de la Ilustración que, por desgracia, a veces parece estar en proceso de desautorización, Voltaire, observó proféticamente: «Los que pueden hacerte creer absurdidades también pueden hacerte cometer atrocidades». Esta sombría predicción se hace más que probable cuando los políticos, y en particular una fracción sustancial de un partido grande, están entre los promotores más efectivos de creencias como el «éxtasis». (Por otro lado, no me preocupan demasiado los que reconocen la ausencia de

pruebas fehacientes de la existencia de Dios, pero mantienen una nebulosa aunque perseverante creencia en «algo más»).

El primer paso para poner en evidencia los absurdos religiosos es advertir que las justificaciones de la existencia de Dios dependen de la definición de la divinidad. ¿Quién o qué es Dios? Algunos autores dicen que es inefable o lo definen a su manera como sinónimo de la naturaleza o de las leyes físicas, o de otras maneras.

Sin embargo, las caracterizaciones monoteístas más convencionales de Dios (Yahvé, Alá) lo definen como una entidad o ser extraordinariamente poderoso, si no omnipotente; sumamente sabio, si no omnisciente; íntimamente conectado con el origen del universo, si no su Creador; poseedor de toda clase de características positivas, si no absolutamente perfecto. Esta formulación general será mi definición de Dios, y las numerosas justificaciones de su existencia serán mi foco de atención primario. Las distintas tradiciones adornan esta creencia con diferentes relatos y atributos, pero no me entretendré en discutir las culturas y actitudes ligadas a religiones concretas.

Por ateo entenderé quien cree que dicha entidad no existe, y por agnóstico entenderé quien cree que la existencia de Dios es desconocida, incognoscible o una cuestión carente de sentido. (No consideraré casos intermedios complicados, representados en mi mente por un amigo que se declara ateo, pero cuando se le pregunta por qué se adhiere estrictamente a las celebraciones religiosas replica: «Obro como Dios manda»). A diferencia de algunos, pienso que es posible ser ateo y agnóstico a la vez. Piénsese, por ejemplo, en los innumerables personajes o hechos históricos en cuya realidad no creemos, pero cuya existencia u ocurrencia no podemos negar con absoluta certeza. Por supuesto, las definiciones de estos términos son sensibles a la definición de la divinidad que uno suscribe. Defínase Dios de una manera lo bastante nebulosa como belle-

za, amor, la complejidad misteriosa o el sabor etéreo de una tartaleta de fresas, y casi todos los ateos se volverán teístas. Aun así, aunque uno adopte una pose afectada y afirme que «cuando uso una palabra, significa lo que quiero que signifique, ni más ni menos», los otros no tienen por qué seguirle el juego.

Una pregunta que me hacen a menudo los interesados en los asuntos que se discuten en este libro es si, a pesar de mis opiniones actuales, alguna vez he profesado, o quizá todavía profeso de algún modo, una religión formal. Obviamente, hay una diferencia significativa entre la religión formal de nacimiento o a la que uno está ligado y lo que uno cree de verdad. Hay muchas vías hacia la irreligiosidad, y la mía, como he indicado, es un tanto directa. Simplemente nunca pasé por una fase religiosa. En consecuencia, no estoy renunciando a una fe que haya tenido antes, ni este libro pretende ser una suerte de Epístola de Paulos el Apóstata a los Teólogos. Aunque crecí en el seno de una familia nominalmente cristiana (mis abuelos eran emigrantes griegos) y ahora estoy cómodamente integrado en una familia judía laica, ninguna de las dos doctrinas religiosas me han parecido nunca intelectual o emocionalmente apetecibles, y mucho menos convincentes.

Esto no significa que no valore al menos parte de las tradiciones, ideales y celebraciones religiosas (desde la Pascua hebrea hasta el Loy Krathong tailandés). Tampoco significa que no reconozca que ha habido gente anónima que ha servido desinteresadamente a los otros en nombre de su Dios. También reconozco que muchas personas inteligentes son religiosas. Lo único que quiero decir es que soy y siempre he sido ateo/agnóstico, e intentaré explicar por qué mis lectores también deberían serlo.

Para concluir estos preliminares, permítaseme señalar que, aunque no soy creyente, siempre me he interrogado sobre la posibilidad de una protorreligión básica aceptable para ateos y agnósticos. Con esto quiero significar una «re-

ligión» sin dogmas, ni relatos, ni afirmaciones de existencia, pero que reconozca lo esencial y sobrecogedoramente maravilloso del mundo, y quizás admita también un ápice de serenidad. Lo mejor que he sido capaz de concebir es la religión «Síísta», cuya respuesta a la intrincada y misteriosa belleza del mundo es una simple afirmación de aceptación, «Sí», y cuya única plegaria es la palabra «Sí». Esta religión minimalista es consistente con otras religiones más complejas (salvo la religión «Noísta»), así como una ética irreligiosa y una actitud liberadora y auto-confortadora ante la vida y sus historias. Además, es compatible con una perspectiva científica y con la idea de que la única certeza que podemos esperar es la certeza de la incertidumbre.

Sí, vayamos a los argumentos en defensa de la existencia de Dios.

Cuatro argumentos clásicos

El argumento de la causa primera (y los intermediarios necesarios)

La primera frase del Génesis, «En el principio», sugiere el argumento de la primera causa para la existencia de Dios. Para aclarar la estructura de dicho argumento, Bertrand Russell cita un relato a primera vista distinto: el mito hindú de que el mundo descansa sobre un elefante y éste sobre una tortuga. Cuando se les pregunta sobre qué descansa la tortuga, los hindúes replican: «Cambiemos de tema».

Pero no cambiemos de tema. Como haré a lo largo de todo el libro, comienzo con un esquema del argumento en cuestión:

1. Todo tiene una causa, o quizá muchas.
2. Nada es su propia causa.
3. Las cadenas causales no pueden continuar indefinidamente.
4. Por lo tanto tiene que haber una primera causa.
5. Esa causa primera es Dios que, por lo tanto, existe.

Si aceptamos el sentido cotidiano de la palabra «causa» y damos por bueno el argumento anterior, entonces es natural identificar la causa primera con Dios. Como dice un conocido mío religioso, Dios fue quien «echó la bola a rodar». Una ligera variación de esta idea es el llamado argumento cosmológico, que se remonta a Aristóteles y depende de la teoría de la gran explosión (o algún precursor antiguo de esta explicación del origen del universo). El razonamiento es que todo lo que tiene un principio debe tener una causa y, puesto que se piensa que el universo tuvo un principio, entonces debe tener una causa.

¿Hemos encontrado a Dios, pues? ¿Se trata simplemente del Primer Lanzador, o del Gran Detonador? ¿Zanja esto la cuestión? Ni mucho menos. Una gran fisura en el argumento es la premisa 1, que podría formularse mejor como: o todo tiene una causa, o hay algo que no la tiene. El argumento de la causa primera cae en este agujero por muchos tabloncillos que pongamos para intentar cruzarlo. Si todo tiene una causa, entonces Dios también debe tenerla, así que no hay primera causa. Y si hay algo que no tiene causa, lo mismo puede ser Dios que el mundo físico o una tortuga.

A quienes afirman que Dios es la causa primera sin causa (y luego se pavonean como si hubieran explicado algo) deberíamos preguntarles por qué no podemos tomar el mundo físico mismo como tal. Después de todo, el venerable principio de la navaja de Occam nos aconseja «afeitar» las premisas innecesarias, y tomar el mundo físico como la primera causa sin causa tiene la gran virtud de no introducir la hipótesis innecesaria de Dios.

Además, todas las preguntas suscitadas por la aceptación de la acausalidad del mundo físico (por qué está ahí, cómo surgió y, por supuesto, qué lo causó) pueden plantearse con la misma propiedad a propósito de Dios.

¿Por qué está Dios ahí? ¿Cómo empezó a existir? ¿Qué lo causó? (Estas preguntas no están del todo desligadas de las inquisiciones infantiles del estilo de ¿y tu mamá? O, peor aún, ¿y tu papá?). La contundencia de esta réplica al argumento de la causa primera viene indicada por la exasperada reacción de san Agustín a una de sus variantes. Se dice que, cuando alguien le preguntó qué hacía Dios antes de crear el mundo, san Agustín replicó: «Estaba creando un infierno para la gente que pregunta estas cosas».

Una objeción relacionada es que la causa primera acausal no necesita tener ninguno de los atributos divinos tradicionales. Simplemente es la primera, y como sabemos de otros campos, ser el primero no significa ser el mejor. Nadie presumiría de seguir usando el primer ordenador perso-